

HOSPITAL DE SANGRE DE FUENTERRABIA 1937

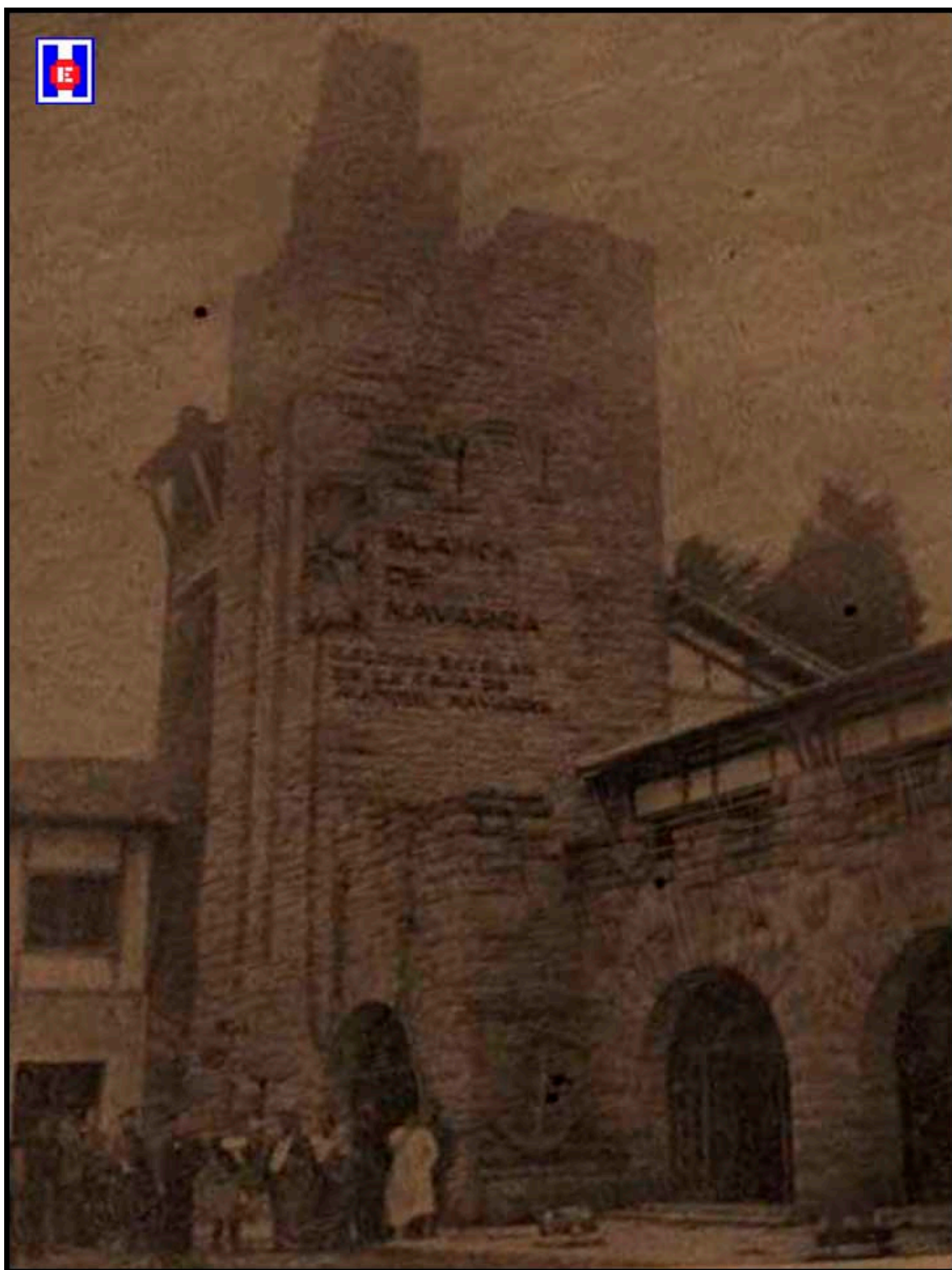


Foto 1 Hospital de Sangre de Fuenterrabía en las Colonias Escolares “Doña Blanca de Navarra” reconvertido. En este suntuoso edificio, cedido por la Caja de Ahorros de Navarra, se halla instalado el Hospital de Fuenterrabía. Personal sanitario, 1937

A este Hospital da gusto volver

Con tal que la herida no sea muy grave, no me importaría volver por aquí.

Es lo que dicen algunos heridos cuando salen, dados de alta, del **Hospital de Sangre de Fuenterrabía**, en Gipuzkoa.

Y se comprende que lo digan. Más que Hospital, es aquello un Sanatorio de los caros. Para eso lo construyó suntuosamente la **Caja de Ahorros de Navarra**, que lo tenía destinado a sus colonias escolares y lo ha cedido ahora generosamente para los soldados heridos.

Al extremo del malecón del Bidasoa, al pie de Guadalupe y dominando la costa francesa hasta Biarritz, se alza este magnífico edificio de traza moderna y atrevida por fuera, y lleno por dentro de confort y comodidades. No es hoy el bullicio infantil el que alegra sus jardines; pero también los soldaditos que por ellos pasean están alegres, a pesar de sus heridas.

No puede menos de abríseles el ánimo a la esperanza y el cuerpo a la salud ante el panorama espléndido de mar y de montaña que ante ellos se extiende.

Y por si ello fuera poco, allí está ese grupo de bellas enfermeras de Irún y Fuenterrabía para hacerles las horas agradables.

¡A ver si se dan por enterados!

El comandante **Dr. Tortosa** es el jefe de este grupo de establecimientos, que comprende el **Hospital Militar de Irún**, establecido en el antiguo Colegio de los Padres de la Doctrina Cristiana; el de la **Cruz Roja** del mismo Irún y éste de la Caja de Ahorros de Navarra en Fuenterrabía.

He encontrado al Dr. Tortosa en su despacho alegre y lleno de luz sobre la terraza. Estaba despachando con él **Esperancita**, la bella presidenta del grupo de enfermeras. No puedo llegar más a tiempo para lo que busco. Esperancita me ha dado una buena información.

— Mire usted, —me dice aunque sea inmodestia, le voy a decir que trabajamos mucho. Trabajamos las enfermeras, los médicos y, sobre todo, el director, que está en todos los detalles, pendiente de continuo de la buena marcha de los establecimientos.

Nosotras ponemos el trabajo, pero es necesario que otros pongan el dinero. ¡Necesitamos mucho dinero! El que ahora lo tenga y no lo suelte para los soldados heridos merece que le fusilen.

— ¿Tienen ustedes muchos heridos, **Esperancita**?

Lo que le puedo decir es que están ocupadas casi todas las camas, que son 450 entre los tres hospitales. Como esto es un Sanatorio más que otra cosa, vienen aquí a reponerse los convalecientes de otros hospitales.

Y diga usted también que esas camas nosotras mismas las hemos limpiado y las hemos pintado. No tenían ropa y nos la hemos procurado; no había colchones y los hemos hecho. Hemos limpiado, hemos barrido y hemos dado brillo a los suelos. Diga todo esto, dígalos

que no. es inmodestia; son ganas de que todo el mundo se entere por ahí de que cada cual debe contribuir con lo que pueda en estos momentos. Porque es que nosotras hemos llamado también, de diversos modos a la caridad, pública y —hay que decir la verdad— la caridad pública se está haciendo un poco remolona.

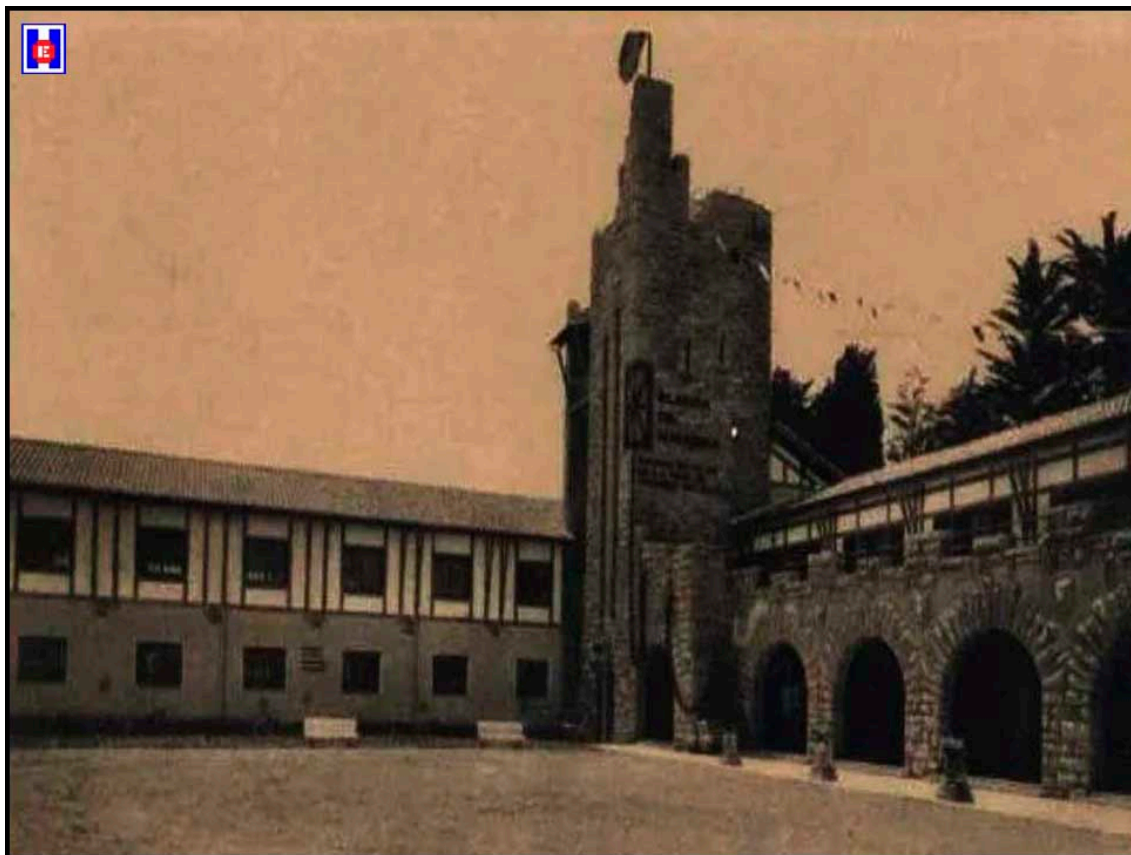


Foto 2 Hospital de Sangre de Fuenterrabía en las Colonias Escolares “Doña Blanca de Navarra” reconvertido. En este suntuoso edificio, cedido por la Caja de Ahorros de Navarra, se halla instalado el Hospital de Fuenterrabía

Y para, que todo no sea hablar de nosotras —dice **Esperancita**— dedique usted también un elogio a la admirable abnegación de las **seis Hermanas de La Caridad**, que con nosotras trabajan y no deje de decir que los médicos doctores **Vidaurreta, Cabrera, Bordetas y Montis**, que, además del doctor **Tortosa**, tienen que hacer a los heridos curas tan delicadas; lo hacen voluntariamente y desinteresadamente.

Dicho queda por mi parte lo que Esperancita me ha apuntado. En resumen, señores capitalistas, en los Hospitales de la Frontera hace falta dinero, mucho dinero. ¡A ver si se dan ustedes por enterados!

Amargos Jipidos de un Morito sentimental

Nos ha cortado la conversación un morito, que entra a servirnos una taza de té, aromado con hierba-buena.

El morito, que es avisado y está deseando resultar agradable a los huéspedes de su comandante, no sólo nos sirve el té, sino que nos enseña a sorberlo como se sorbe en su

tierra. Hay que tomarlo muy caliente. Se coge el vaso, -mejor vaso que taza- con dos dedos solamente para no quemarse; uno sobre el borde y otro bajo la base. Luego se acerca el vaso a los labios sin inclinarle mucho y se sorbe con fuerza. El aire sube, mezclado con la infusión, y evita en la boca la sensación de quemadura.

fotos

SANGRE DE

LA VER SI SE DAN POR ENTENDIDOS?

El comodoro Dr. Turbon es el jefe de este grupo de establecimientos, que comprende el Hospital Militar de Irún, establecidos en el antiguo Colegio de los Padres de la Doctrina Cristiana; el de la Cruz Roja del mismo Irún y el de la Casa de Ahorros de Navarra en Pamplona.

Ha sucedido al Dr. Turbon en su despacho siempre y libre de sus deberes la terraza. Estaba desgranado con el Español, la bella personalidad del grupo de enfermeras. No puede decirse que sea a Dama para lo que hacen. Experiencia no ha dado una buena información.

—Mira usted, —me dijo— cuando estábamos allá le voy a decir que trabajaban muchas Trabajadoras las enfermeras en Irún y, en Irún, al

director, que está en todos los detalles, poniendo el sustento de la buena práctica de los establecimientos.

—Mira usted, —me dijo— pero es necesario que otros pongan el dinero, ¡precisamente! me dice usted! El que entra la tenga y no le ayude para los heridos porque que le fueran a traer.

—¿Tienen ustedes muchos heridos, Euzkadi?

—Lo que el mundo dice es que están ocupados casi en todas las casas, que van allá entre los tres hospitales. Como esto es un material que con una cosa, vienen aquí a quedarse los convalecientes de otros hospitales. Una cosa como nosotros mismos los hemos hospitalizado y los hemos curado. No hemos visto y con la buena práctica, los hemos hospitalizado y los hemos curado. Hemos hospitalizado y los hemos curado. Hemos hospitalizado y los hemos curado. Hemos hospitalizado y los hemos curado.

Y para que todo sea más claro, dice Euzkadi—¿dónde están también un grupo a la admirable atención de los soldados heridos de la Caridad, que son muchos heridos y no dice de decir que los médicos doctores Vidaurriza, Cabrera, Euzkadi y Mendizábal, que además del doctor Turbon, tienen que hacer a los heridos estas tan distintas, lo hacen voluntariamente y desinteresadamente.

Dicho queda por mi parte lo que Euzkadi me ha contado. En resumen, enfermas españolas, en los hospitales de la frontera libre falta dinero, mucho dinero.

LA VER SI SE DAN POR ENTENDIDOS?

AMAROS JIPIDOS DE UN MORITO SENTIMENTAL

Has ha estado la conversación en un momento, que está a ver si me da la idea de la amistad con Euzkadi. El hecho, que se vivió y está deseando recibir noticias de los heridos de su convalecimiento, no sólo me sirve de lo, sino que me ayuda a ser feliz como se está en su tierra. Hay que decirlo muy claro. En este momento, como que los soldados de cada una de ellas para no quedarse, uno sobre el borde y otro bajo la base. Luego se acerca el vaso a los labios sin inclinarle mucho y se sorbe con fuerza. El aire sube, mezclado con la infusión, y evita en la boca la sensación de quemadura.

Foto 3 La terraza frente al mar, en las horas de paseo, con la presencia de enfermeras y convalecientes. Enfermeras con los soldados heridos

—Así, Ad-el Kader, mira.

Y el comandante Tortosa, que también ha estado en África, sorbe su té produciendo un ruido característico, que llena de felicidad el alma ingenua de Ad-el-Kader.

— Así, así. ¡Mucho bien, mi comandante!

La taza de té de Ad-el Kader hace derivar la conversación hacia los rasgos del carácter noble y caballeresco de los moros, que han venido a España.

El doctor Tortosa me cuenta:

— El otro día uno de estos moritos cometió una pequeña falta, muy pequeña falta. Fue que como no estaba acostumbrado a beber vino, alguien le gastó la broma de ponerle a poca costa, un poco alegre.

Precisamente para que no se acostumbre a la bebida le impuse un castigo.

Se me echó a llorar amargamente y me decía entre suspiros:

Yo dejar padre, yo dejar madre por venir a defender España, yo querer mucho Franco, yo gritar siempre “¡viva Franco!” y ahora Franco castigar morito. ¡Qué pina! ¡qué pina!

Se le había quitado de pronto la borrachera y sus jipidos eran tan sinceros y tan amargos, que me enternecieron.

No hay para qué decir que le levanté en el acto el castigo.

¡Prepara la bandera Milagritos!

Además de descubrirnos rasgos de nobleza, que acaso no sospechábamos, en el carácter de los moros, la guerra actual ha reparado también una gran injusticia, reivindicando el buen nombre de los gallegos. Los gallegos son valientes. De la actuación de las Falanges de Galicia en todos los frentes podría hacerse una antología interminable de hechos heroicos.

Mientras tomábamos el té el doctor Tortosa me ha contado algunas anécdotas de heridos gallegos, que revelan el mismo temple.

— Uno de los primeros gallegos que pasaron por aquí, me dice el doctor, era un soldadito, que había caído herido en Robledo de Chavela. Venía a reponerse de una terrible herida, que le había destrozado el hombro derecho, dejándole el brazo completamente inútil. Era un muchacho de carácter dulce y tranquilo, de muy pocas palabras.

Un día al examinarle la herida, se me ocurrió decirle para consolarle:

— Hubiera sido peor en la pierna.

— Para mí, no —me contestó sencillamente.

— ¿Por qué?

— Porque soy sastre y no sé hacer otra cosa.

— Me lo dijo con pena, pero sin amargura. Cuando apareció el decreto creando el cuerpo de mutilados de la guerra, me acordé del soldadito gallego y corrí con alegría a comunicárselo.

— ¡Bah! —me dijo— Yo no quiero nada para mí. Con que gane España, tengo bastante.

— Para valiente —dice **Milagritos**, la linda enfermera hija del mismo doctor Tortosa — aquel falangista gallego, que murió en el hospital de Irún.

Sobos

E

ESPAÑA

—¡Ay, Ad-el Kader, mira.
Y el comandante Tortosa, que también ha estado en África, serbe su té produciendo un ruido característico, que llena de felicidad el alma ingenua de Ad-el-Kader.
—¡Ay, ay! ¡Mundo bien, mi comandante!

La hija de té de Ad-el Kader hace desviar la conversación hacia los rasgos del carácter noble y caballeresco de los moros, que han venido a España.

El doctor Tortosa se cuenta.

—El otro día uno de estos moritos comió una pequeña falda, muy pequeña falda. Pero que como no estaba acostumbrado a beber vino, alguien le gastó la idea de ponerle a poca cosa, un poco almorzá. Precisamente para que así se acostumbrara a la bebida le impongamos un castigo.
Se me echó a llorar amargamente y me decía entre suspiros:

Foto y report. Mientras el doctor Tortosa despacha con sus auxiliares, los heridos y visitantes recorren los bellos parajes de la costa cantábrica.

—Yo quiero saber, yo quiero saber por qué defendes España, yo quiero —muerde— Franco, yo quiero —siempre— Tiviva Franco y ahora Franco es castigar morito. ¡Qué pinta! ¡qué pinta!

—De lo habías hablado de pronto la — Morvachera y sus hijos eran tan sencillos y tan sencillos que me entusiasmaban.

—No hay para qué decir que la inventó en el arte el castigo.

¡PREPARA LA BANDERA, MILAGRITOS!

Algunos de desconocidos rasgos de nobleza, que como yo sospechaba, en el carácter de los moros, la guerra actual ha reparado también una gran injusticia, revivificando el buen nombre de los gallegos. Los gallegos son valientes. De la actuación de los Falangistas de Galicia en todos los frentes podría hacerse una antología interminable de hechos heroicos.

Mientras terminamos el té el doctor Tortosa me ha contado algunas anécdotas de heridos gallegos, que revelan el mismo temple.

—Uno de los primeros gallegos que pasaron por aquí, me dice el doctor, era un soldadito, que había estado herido en el Batallón de Navarra. Venía a reposarse de una terrible herida, que le había doblado el hombro derecho, dejándole el brazo completamente inútil. Era un muchacho de carácter dulce y tranquilo, de muy pocas palabras.

—Un día al establecerse la herida, se me ocurrió decirle para consolarle:

—¿Ahora está peor en la pierna.

—Para mí, no —me sonrió sencillamente.

—¿Por qué?

—Porque soy ciego y no sé hacer otra cosa.

—Me lo digo con pena, pero sin amargura. Cuando después el doctor creyendo el cuerpo de mutilado de la guerra, me acordé del soldadito gallego y corrí con alegría a comunicárselo.

—¡Basta! —me dijo—. Yo no quiero nada para mí. Con que que España, siempre adelante.

—Para valiente —dice Milagritos, la linda enfermera hija del mismo doctor Tortosa— aquel falangista gallego que murió en el hospital de Irún.

Y cuenta:

—Tenía amputada una pierna por cerca del muslo. Yo no sé cuánto tiempo estuvo en la cama, sufriendo horriblemente. Yo le cuidaba con particular cariño, porque estaba

—¡No te voya, Milagritos, que sea noche mi mamá!

—Cuando ya estaba acostado, así se acordaba de la bandera:

—¡Prepara la bandera, Milagritos, que ya me mató! ¿Tienes ya ahí la bandera?

Foto 4 Paz y reposo. Mientras el doctor Tortosa despacha con sus auxiliares, los heridos y visitantes recorren los bellos parajes de la costa cantábrica

Y cuenta:

— Tenía amputada una pierna por cerca del muslo. Yo no sé cuánto tiempo estuvo en la cama, sufriendo horriblemente. Yo le cuidaba con particular cariño, porque estaba

admirada de la entereza con que sufría. Vio llegar la muerte sin miedo. Los últimos días cuando yo me iba a despedir de él para volver a casa, me cogía la mano y me decía:

— ¡No te vayas, Milagritos, que esta noche me muero!

Cuando ya estaba agonizando, solo se acordaba de la bandera:

— ¡Prepara la bandera, Milagritos, que ya me muero! ¿Tienes ya ahí la bandera?

No es que estuviera delirando, es que nos había recomendado siempre que le pusiéramos sobre el ataúd una bandera española, y temía a última hora que nos olvidáramos de aquel encargo, que era toda su ilusión.

Así Murió un Soldado Valiente

El único que se ha muerto en este Hospital, añade el doctor Tortosa, era un soldado de Caballería de Ecija. No vino herido. Traía un reuma articular contraído en el campo, que se le complicó con una endocarditis y una fuerte pulmonía.

Cuando estaba agonizando fui a visitarle, conservaba toda su lucidez. Se estaba muriendo y él lo sabía. Se iba para siempre y me saludó al despedirme con el saludo de ordenanza:

— A sus órdenes mi comandante. ¿Manda usted algo?

Le mandé lo que se puede mandar en aquella hora. Le hablé sin miedo, como se puede hablar en cualquier momento a un hombre de su temple, aunque solo tenga como él los tenía, 22 años.

Vinieron al entierro el padre, la madre y la esposa, que había dejado en casa dos hijitas muy pequeñas. Tuve la satisfacción de explicarles cómo había muerto aquel soldadito valiente. Y veía yo, cómo los viejecillos, en medio de su dolor, se sentían orgullosos de ser sus padres.

Las Tres Estrellas

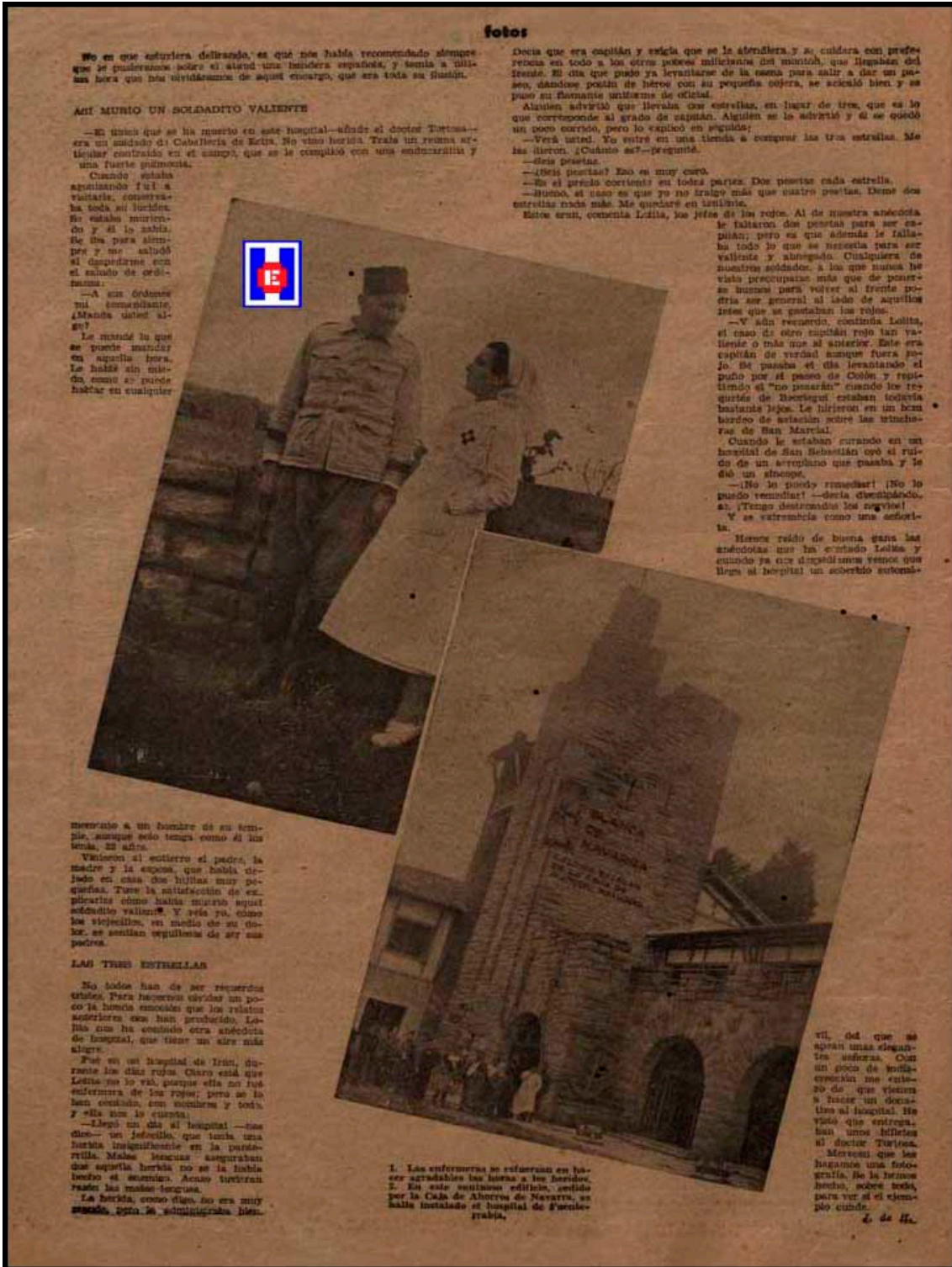
No todos han de ser recuerdos tristes. Para hacernos olvidar un poco la honda emoción que los relatos anteriores nos han producido, **Lolita** nos ha contado otra anécdota de hospital, que tiene un aire más alegre.

Fue en un Hospital de Irún, durante los días rojos. Claro está que Lolita no lo vio, porque ella no fue enfermera de los rojos; pero se lo han contado, con nombres y todo, y ella nos lo cuenta:

— Llegó un día al hospital —nos dice— un jefecillo, que tenía una herida insignificante en la pantorrilla. Malas lenguas aseguraban que aquella herida no se la había hecho el enemigo. Acaso tuvieran razón las malas lenguas.

La herida, como digo, no era muy grande, pero la administraba bien.

Decía que era capitán y exigía que se le atendiera y se cuidara con preferencia en todo a los otros pobres milicianos del montón, que llegaban del frente. El día que pudo ya levantarse de la cama para salir a dar un paseo, dándose postín de héroe con su pequeña cojera, se acicaló bien y se puso su flamante uniforme de oficial.



Me es que esturiera delirando, es que me había recomendado siempre que se pusieran sobre el brazo una bandera española, y tenía a mí una hora que me olvidaban de aquel escudo, que era toda su gloria.

ANT MUÑO UN SOLDADITO VALIENTE

—El único que se ha muerto en este hospital—añade el doctor Tortosa—era un soldado de Caballería de Euz. No vino herido. Trató un reuma articular contraído en el campo, que se le complicó con una endocarditis y una fuerte pulmonía.

Cuando estaba agonizando fui a visitarle, conversaba toda su vida. Me estaba murmurando y al irme me dijo para siempre y me saludó al despedirme con el saludo de ordenanza.

—A un ordenanza mi acompañante. ¿Manda usted algo?

—Le mandé lo que se puede mandar en aquella hora. Le hablé sin miedo, como si pudiese hablar en cualquier

fotos

Decía que era capitán y decía que se le atendiera y se cuidara con preferencia en todo a los otros pobres militares del montón, que llegaban del frente. El día que pudo ya levantarse de la cama para salir a dar un paseo, dándose cuenta de héroe con su pequeña cojera, se acercó bien y se puso su flamante uniforme de oficial.

Alguien advirtió que llevaba dos estrellas, en lugar de tres, que es lo que corresponde al grado de capitán. Alguien se lo advirtió y él se quedó un poco corrido, pero lo explicó en seguida:

—Verá usted. Yo entré en una tienda a comprar las tres estrellas. Me las dieron. ¿Cuánto son?—pregunté.

—Diez pesetas. ¿Eso es muy caro.

—No es precio corriente en todas partes. Diez pesetas cada estrella.

—Bueno, si eso es que yo no traigo más que cuatro pesetas. Dame dos estrellas más más. Me quedará en treinta.

Entos días, cuando Lolla, los jefes de los roles. Al de nuestra anécdota le faltaron dos pesetas para ser capitán; pero es que además le faltaba todo lo que se necesita para ser capitán y subteniente. Cualquiera de nuestros soldados, a los que nunca he visto preocuparse más que de ponerse a buscar para volver al frente podría ser general al lado de aquellos jefes que se gastaban los roles.

—V sin reparo, continúa Lolla, el caso de otro capitán rojo tan valiente o más que al anterior. Este era capitán de verdad aunque fuera rojo. Se pasaba el día levantando el pulso por el paseo de Ochoa y repitiendo el "no pensar" cuando los resaca de Boetiqui estaban todavía bastante lejos. Le hirieron en un buen lance de batalla, sobre las trincheras de San Marcial.

Cuando le estaban curando en un hospital de San Sebastián oyó el ruido de un aeroplano que pasaba y le dio un golpe.

—No lo puedo remediar! ¡No lo puedo remediar! —decía desventurado, a: ¡Tengo destruidos los roles!

Y se estremecía como una anémala.

Hay un hecho de buena gana las anécdotas que he contado Lolla y cuando ya era demasiado tarde que llega al hospital un aeroplano automa-

mentando a un hombre de su familia, aunque solo tenga como él las ideas, el alma.

Visitaron al entierro el padre, la madre y la esposa, que había quedado en casa dos hijitas muy pequeñas. Tuvieron la satisfacción de estar allí como había muerto aquel soldadito valiente. Y sólo ya, como los viejecillos, en medio de su dolor, se sentían orgullosos de ser sus padres.

LAS TRES ESTRELLAS

No todos han de ser requeridos tristes. Para hacerlos felices un poco la buena noticia que los relatos anteriores nos han probado. Lolla que ha contado otra anécdota de hospital, que tiene un aire más alegre.

Fue en un hospital de Irún, durante los días rojos. Claro está que Lolla no lo val, porque ella no fue enfermera de los rojos; pero se la han contada, así sencilla y toda, y ella no lo cuenta.

—Llegó un día al hospital —nos dice— un jovencito que tenía una herida inmensamente en la pierna. Males muchos aseguraban que aquella herida no se la había hecho el enemigo. Acaso tuvieron razón los malos heridos.

La herida, como digo, no era muy grande, pero se administraba bien.

1. Las enfermeras se esfuerzan en hacer agradables las horas a los heridos. 2. En este suntuoso edificio, cedido por la Caja de Ahorros de Navarra, se halla instalado el hospital de Fuenterrabía.

vil, del que se apenas una elegante señora. Con un poco de inclinación me entiendo de que vienen a hacer un donativo al hospital. He visto que entregan, han unos billetes al doctor Tortosa. Mueven que los hagamos una fotografía. He la herida hecha, sobre todo, para ver si el ejemplo cunde.

E. de H.

Foto 5 1ª. Las enfermeras se esfuerzan en hacer agradables las horas a los soldados heridos. 2ª. En este suntuoso edificio, cedido por la Caja de Ahorros de Navarra, se halla instalado el hospital de Fuenterrabía.

Alguien advirtió que llevaba dos estrellas, en lugar de tres, que es lo que corresponde al grado de capitán. Alguien se lo advirtió y él se quedó un poco corrido, pero lo explicó en seguida:

— Verá usted. Yo entré en una .tienda a comprar las tres estrellas. Me las dieron. ¿Cuánto es? —pregunté.
— Seis pesetas.
— ¿Seis pesetas? Eso es muy caro.
— Es el precio corriente en todas partes. Dos pesetas cada estrella.
— Bueno, el caso es que yo no traigo más que cuatro pesetas. Deme dos estrellas nada más. Me quedaré en teniente.



Foto 6 Colonia Escolar Caja de Ahorros de Navarra en Fuenterrabía. Fuente: Fernando Tabuenca González. Tesis Doctoral página 122. 1970

Estos eran, comenta **Lolita**, los jefes de los rojos. Al de nuestra anécdota le faltaron dos pesetas para ser capitán; pero es que además le faltaba todo lo que se necesita para ser valiente y abnegado. Cualquiera de nuestros soldados, a los que nunca he visto preocuparse más que de ponerse buenos para volver al frente podría ser general al lado de aquellos jefes que se gastaban los rojos.

— Y aún recuerdo, continúa Lolita, el caso de otro capitán rojo tan valiente o más que al anterior. Este era capitán de verdad aunque fuera rojo. Se pasaba el día levantando el puño por el paseo de Colón y repitiendo el “no pasarán” cuando los requetés de Beorlegui estaban todavía bastante lejos. Le hirieron en un bombardeo de aviación sobre las trincheras de San Marcial.

Cuando le estaban curando en un Hospital de San Sebastián oyó el ruido de un aeroplano que pasaba y le dio un síncope.

— No lo puedo remediar! ¡No lo puedo remediar!— decía disculpándose.
¡Tengo destrozados los nervios!
Y se estremecía como una señorita.

Hemos reído de buena gana las anécdotas que ha contado Lolita y cuando ya nos despedíamos vemos que llega al Hospital un soberbio automóvil, del que se apean unas elegantes señoras. Con un poco de indiscreción me entero de que vienen a hacer un donativo al Hospital. He visto que entregaban, unos billetes al doctor Tortosa.

Merecen que les hagamos una fotografía. Se la hemos hecho, sobre todo, para ver si el ejemplo cunde. **J. de H** (1).



Foto 7 Enfermeras donostiarras, abril de 1937

Agradecimiento: Esteban Durán León

Bibliografía

1.- Hospital de Sangre de Fuenterrabía. Semanario Gráfico de reportajes. Revista de Falange Española. 24 de abril de 1937

Manuel Solórzano Sánchez

Graduado en Enfermería. Enfermero Jubilado

Insignia de Oro de la Sociedad Española de Enfermería Oftalmológica 2010. SEEOF

Miembro de Enfermería Avanza

Miembro de Eusko Ikaskuntza / Sociedad de Estudios Vascos

Miembro de la Red Iberoamericana de Historia de la Enfermería

Miembro de la Red Cubana de Historia de la Enfermería

Miembro Consultivo de la Asociación Histórico Filosófica del Cuidado y la Enfermería en México AHFICEN, A.C.

Miembro no numerario de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País. (RSBAP)

Académico de número de la Academia de Ciencias de Enfermería de Bizkaia – Bizkaiko Erizaintza Zientzien Akademia. ACEB – BEZA

Insignia de Oro del Colegio Oficial de Enfermería de Gipuzkoa 2019

Sello de Correos de Ficción. 21 de julio de 2020

masolorzano@telefonica.net

ENFERMERÍA AVANZA

HOSPITAL DE SANGRE DE FUENTERRABIA 1937. Publicado el miércoles día 28 de julio de 2021

<https://enfeps.blogspot.com/2021/07/hospital-de-sangre-de-fuenterrabia-1937.html>

